

hay vuestra filosofía y vuestra sabiduría....”

Siendo las principales razones de los fatalistas, conque pretenden echar por tierra la libertad, las que están puestas en la boca del impío del diálogo que hemos insertado y las demas que hemos propuesto, nos parece bastante lo dicho para concluir nuestro discurso sobre la libertad. Los impíos Tomas Hobbes, Collins, el autor de las paradojas el del buen sentido, el Diccionario filosófico en su artículo sobre el destino y otra multitud de filósofos modernos, no proponen otros argumentos de mas importancia que los ya dichos. Esos escritos depravados; esas obras de perdicion, no, no tienen algunas razones, que puedan hacer fuerza á quien no está despojado de sentido comun: quíteseles el aparato pomposo de palabras, la belleza de su edicion y de su pasta y no les queda mas que unos fútiles sofismas deshonor de la razon y oprobio de sus autores y partidarios.

## CAPÍTULO II.

### *Revelacion.*

Siendo tan claras y evidentes las pruebas de la revelacion, no tienen necesidad de profundas discusiones y largos ratiocinios para hacerse sentir aún de los entendimientos mas limitados con tal que no quieran voluntariamente negarse á la luz de la verdad; pe-

ro los deístas no reconociendo mas guia de sus conocimientos y regla de sus operaciones, que su razon corrompida desechan toda revelacion y la religion que se funda en ella, substituyendo en su lugar un monstruoso sistema al que dan el nombre de *religion natural*.

Esta religion del deísta siendo la obra de la iniquidad, no puede verse sino como el veneno mas activo y funesto que se presenta á los hombres para que perezcan intaliblemente con él. Tendiendo por sus mismos principios á destruir toda sujecion, toda ley y virtud, quita á la razon y á la justicia de su asiento y coloca en su lugar al crimen y á la iniquidad. Los escritos de los filósofos modernos patentizan esta verdad; ¿que es lo que se encuentra en ellos? imposturas, calumnias, acusaciones subversivas, proposiciones injuriosas, blasfemias é impiedades de todo genero, sin economisar medios aunque sean los mas bajos y vergonzosos, para pervertir al género humano. El sistema de la naturaleza, el buen sentido, las obras de Voltaire, Rousseau, D' Alembert, Diderot, las ruinas de Palmira, la Cornelia Brororquia y otra multitud de obras de esta clase, vomitan tantas blasfemias contra la moral, el sacerdocio, la religion y la misma divinidad, que leyéndolas mas bien parece que se escucha el lenguaje de los condenados á los suplicios eternos, que quisieran aniquilar al mismo Dios para satisfacer su rabia desesperada, que el modo de esplicarse de



unos hombres que blasonan de filósofos. ¿Y cual es el resultado de estas máximas de iniquidad? dígallo la historia de los últimos siglos, en que se ha extendido la impiedad de los deístas; dígallo la culta Francia, que dominada por estos géneos del desorden fué el teatro de la inmoralidad del desenfreno de todas las pasiones y de la tiranía más cruel. Sentada la nueva filosofía en el santuario de las leyes, con semblante feroz, y con voz terrible y amenazadora, al mismo tiempo que gritaba *salud pública, libertad, felicidad y virtud*, fulminaba rayos contra aquella tierra infeliz, que se vió por mucho tiempo empapada en la sangre y lágrimas de sus habitantes. ¡Ah! horroriza el cuadro espantoso que presenta la Francia á fines del siglo pasado. ¿Y es posible que con tales desengaños, aún haya hombres ignorantes y corrompidos, que se empeñan en dar acogida en nuestro país á esta hidra venenosa que no respira más que el fuego, la muerte y la desolación? ¡O Dios! dad por vuestra bondad á nuestra amada patria las luces que necesita para conocer sus verdaderos intereses, y no dejarse seducir de las perversas doctrinas, que la Europa experimentada arroja de su seno, y que muchos mejicanos ciegos por su ignorancia y su interés particular reciben con aprecio y pretenden entender con actividad. Y vosotros mejicanos, los que desgraciadamente os habéis estraviado de la senda de la verdad y la justicia, se-

paraos del error y volved á vuestra antigua creencia. No, no habeis de encontrar en la impiedad la felicidad que buscáis, sino vuestra misma ruina, como sucedió á los filósofos de Francia, que perecieron oprimidos bajo la obra de sus manos, verificándose en ellos lo que dice el Espíritu Santo de los malvados que caeran en sus propias redes: *cadent in retiaculo ejus*. Si sois tan amantes de la verdad, como decís, escuchad nuestras razones, medítadlas, contestad á las que gustéis; pero no con sarcasmos, ni quimeras que nosotros nos esforzaremos á patentizar la verdad, y satisfacer vuestras dificultades.

Comenzaremos, pues nuestro discurso explicando que se entiende por esta palabra revelacion; despues examinaremos su posibilidad, su necesidad, como debe cada uno conducirse en la inquisicion de la religion revelada, y cuales son los caracteres que marcan á la verdadera religion.

Por esta palabra *revelacion*, entendemos "la esterna manifestacion de una verdad hecha por Dios." Esta revelacion es la misma que S. Pablo con la energia y sublimidad, que le es propia explica en la epístola á los hebreos, por estas palabras. *Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis; novissime diebus istis loquutus est nobis in Filio, quem constituit heredem universorum, per quem fecit et saecula*. Habiendo hablado Dios muchas veces, y en muchas maneras á los padres en



otro tiempo por los profetas, últimamente en estos días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, por quien hizo tambien los siglos" (1). Este texto nos explica bastantemente el autor de la revelacion que es Dios, y á quien se hizo la revelacion, que fué en los primeros tiempos á los profetas; *olim Deus loquens patribus in Prophetis*. La creacion del mundo, la caida del primer hombre, la transmision del pecado original, la promesa del Redentor y otras muchas verdades fueron reveladas en aquellos tiempos, como puede verse en los sagrados libros del testamento antiguo; y últimamente el Hijo unigenito del Padre descendiendo del trono de su gloria, y haciéndose hombre ha dejádose ver en la tierra, ha conversado con los hombres y perfeccionado la revelacion hablando el Padre por el Hijo; *novissime diebus istis loquutus est nobis in Filio*.

La verdad, pues, de la revelacion toma toda su firmeza de la misma palabra de Dios, que jamas puede faltar aunque el cielo y la tierra se redujeran á la nada. Esta divina palabra está sellada y confirmada con los prodigios y rasgos mas estupendos de la omnipotencia, y por la efusion de los dones del Espíritu Santo, como dice el mismo apóstol S. Pablo. *Contestante Deo signis et portantis, et*

(1) P. Sclo.

*variis virtutibus, et Spiritus Sancti distributionibus*. Esta divina revelacion se halla en los libros sagrados del antiguo y nuevo testamento y las tradiciones que tiene y conserva la santa Iglesia católica, apostolica romana, con la misma veneracion y respeto que las santas escrituras.

Es preciso tambien advertir, que Dios inspirando á los escritores sagrados se ha acomodado al natural estilo de estos; de aqui es que aunque toda la escritura es la palabra de Dios; pero no todos los libros tienen un mismo estilo, y asi en Isaias le encontramos sublime y pomposo; en Ezequiel grave y profundo, en Moises enérgico y armonioso; rico en figuras y alegorias en los cánticos, desaliñado en S. Mateo, afuente y culto en S. Lucas, consiso y enérgico en S. Pablo, y asi es distinto en todos los escritores, como lo son ellos mismos.

Advertimos tambien que Dios podia enseñarnos las verdades, ó revelándonoslas á cada particular; ó escogiendo como lo hizo á algunos hombres á quienes confiárselas y encargárlas que instruyesen á sus semejantes, dándoles todo lo necesario para ser creídos, y que no pudieran negarse su testimonio, sino por algunos genios orgullosos y protervos; que voluntariamente quisieran negarse á ver la refulgente luz de la verdad que se les presentaba. Podia, como hemos dicho revelar á cada particular las verdades, ¿por que, pues no lo ha



hecho así? En primer lugar porque esta no ha sido su soberana voluntad, y á nosotros no nos es dado penetrar los profundos arcanos de su razon infinita. Pueden, sin embargo, darse algunas razones, las que la facultad teológica de Paris espone censurando al Emilio del impío Rouseau, y copiaremos en toda su estension, á fin de que pueda conocerse toda su fuerza.

La primera es, dice la facultad citada, que si la divina revelacion hubiera sido hecha inmediatamente á cada particular, infaliblemente habria sucedido, que muchos hombres, á no ser que fueran impecables, hubieran pretendido saber por la revelacion de Dios, los dogmas y preceptos que les agradara seguir; aunque realmente Dios no se los hubiera revelado (1). Ni se podria convencer á estos hombres de falaces, por la autoridad de una revelacion pública y comun que no existia. De esto naceria una infinita multitud de males incurables á que

(1) Los hereges de los últimos siglos confirman esta razon, con lo que pasa entre ellos mismos. Desde que el apóstata Lutero y sus seguidores, no admitieron para la interpretacion de las santas escrituras, mas que su espíritu privado, cada uno de los hereges ha seguido el error que le ha agradado, sin poderlo convencer del. Lutero dice una cosa, asegurando que la santa escritura le enseña y su espíritu particular le dicta la interpretacion del texto que se funda. Calvino enseña lo contrario fundado en la misma razon que Lutero; Socino se opone á ambos y del diferente espíritu privado ha resultado una tan asombrosa confusion de sectas, como la de lenguas en los campos de Senaar.

frecuentemente se hallarian espuestos el público y los particulares."

"Si se responde que en esta suposicion, la revelacion de que cada uno se podria gloriarse, se reconoceria con signos ciertos y milagros; la misma suposicion aumenta la dificultad; pues entónces no subsistiria el orden de la naturaleza, y se mudaria en un orden milagroso. Los prodigios serian efectos ordinarios, y su número seria tan grande, que ni harian impresion, ni tendrian fuerza alguna para confirmar la verdad.

La segunda razon es que el testimonio de los hombres, aunque ellos puedan engañarse y quieran engañar sin embargo es algunas veces tan cierto, que aleja de sí y disipa hasta la mas ligera sospecha de error, y la certidumbre entónces es igual á la que llamamos metafísica y matemática: en fin la certidumbre de los hechos con quienes está necesariamente conecsa la verdad de la revelacion divina es de tal naturaleza, que no se puede tener de ella la menor duda sin dar en la estravagancia de un pirronismo universal en materia de historia.

"La tercera razon es que la certidumbre moral de los hechos, es mucho mas proporcionada á la naturaleza é inteligencia de los hombres, que toda otra certidumbre, y sus espíritus son tan heridos por sus caracteres, cuando la certidumbre ha llegado al mas alto grado, que estando todos reunidos, es contra la naturaleza reusarles el acenso. De donde se



debe concluir, que si los hechos sobre los que está apoyada la verdad de la divina revelacion, tienen la mas grande certidumbre moral, que se puede concebir, como en efecto la tienen, ni es sabio ni prudente el que no quiere abrazarla porque Dios no se la ha hecho á el mismo. ¿No se veria como un insensato, el súbdito que no quisiera ejecutar y obedecer las leyes y ordenes de su príncipe, sabiendo ciertamente que venian del, si el únicamente alegaba por razon de su resistencia, que no le habia hablado el mismo príncipe?"

He aqui unas razones sólidas y convincentes por las que no convenia que la revelacion se hiciera á cada uno de los particulares, sino solamente á algunos destinados por Dios para ser el organo de su voluntad: esto es lo que efectivamente ha hecho el Señor, como lo demostraremos en el lugar conveniente, pasemos ahora á ecsaminar la posibilidad de la revelacion.

Siendo Dios el Supremo Hacedor de todas las criaturas, no hay razon alguna para decir, que no pueda ejercer sobre todas ella un supremo dominio, ó que algunas facultades de las criaturas se sustraigan de la potencia de su Criador, haciendole una oposicion tal que no pueda vencerla. Siendo por otra parte el hombre racional, es capaz de conocer la verdad, lo que testifica la razon y la esperiencia. No es menos cierto que hay muchas verdades ocultas á la humana inteligencia, y que al hombre mas

sabio, le queda mucho por saber, aún en el mismo orden natural de las cosas. "A cualquiera parte que nos volvamos, dice el señor arzobispo de Leon en su celebre instruccion pastoral, hallaremos objetos cuyo uso nos ha sido concedido, porque nos era necesario, pero cuya inteligencia se nos ha negado porque hubiera servido mas para alimentar nuestra curiosidad, que para ecsitar nuestro reconocimiento. No hay en la naturaleza otra cosa que verdades indubitables é incomprendibles. La luz cuyo movimiento es tan admirable: el aire fluido tan activo y tan terrible en la mayor parte de sus fenómenos: el fuego cuyos efectos son tan violentos, y cuya esencia es tan oculta: los principios de los elementos: la variedad prodigiosa de sus combinaciones: la armonia y union que hay en nosotros mismos de dos sustancias tan diferentes como son el alma y el cuerpo: y otras infinitas maravillas de la naturaleza, debian ser bastantes para reprimir la presuntuosa confianza del entendimiento humano y hacerle conocer su limitacion."

Si hay ocultas muchas verdades naturales; si nuestra razon finita y limitada aún dista infinitamente del grado de perfeccion, que los arrogantes impios pretenden darle: si una triste esperiencia nos enseña que ella caminando en pos de la verdad, á cada paso se extravía y precipita en el error; ¿por qué pretenderemos hacer á esta facultad tan debil y miserable, la medida de lo verdadero? ¿por qué



querremos contener las verdades en el estrecho círculo de la razón humana, y no admitir otras que esten sobre su capacidad? no hay ninguna razón para esto, y por consiguiente no la hay para asegurar que no hay verdades sobrenaturales, especialmente, teniendo evidentes motivos para admitirlas.

Segun lo espuesto ¿cual será la razón para suponer imposible la revelación, siendo esta la manifestación que Dios ha hecho de una verdad? Si hay verdades ya naturales, ya sobrenaturales cuyo conocimiento se oculta a la criatura, si hay en esta capacidad para conocerlas y en Dios potencia para manifestarlas, no es imposible la revelación.

Es cierto que las verdades sobrenaturales, reveladas estan puestas sobre la capacidad del entendimiento humano, que este no las comprende, como las cosas naturales, cuyos atributos y relaciones ha percibido evidentemente despues de una clara demostración; ¿pero será motivo suficiente para negar la existencia de una cosa el no poderse demostrar cuando por otra parte hay motivos evidentemente ciertos que dan testimonio de su realidad? No comprendemos como esten unidos el alma y el cuerpo; aunque el sentimiento íntimo de cada hombre asegura esta unión; ¿y será prudente el negarla por no comprenderla? la recta razón dice que no. Así pues las verdades sobrenaturales reveladas, aunque no comprendemos como son; pero tenemos el tes-

timonio de un Dios por garante de su existencia: tenemos los motivos mas evidentes para saber que Dios nos ha hablado, y tenemos á la razón que nos dice que Dios como infinitamente veraz, no puede engañarse ni engañarnos. Digamos pues á los deístas que sin razón niegan la revelación, lo que un orador francés citado en las instituciones teológicas del arzobispo de Leon. "No disputeis contra los misterios, que la razón no sabe penetrar; adheridos solo al examen de las verdades, que se aproximan á vosotros, y en algun modo se dejan tocar con la mano y responden de todas las otras. Estas verdades son hechos brillantes y sensibles, en los que toda la religión está como envuelta á fin de herir igualmente á los espíritus groceros y á los sutiles. Estos hechos se ofrecen á vuestra curiosidad. Ved hay los fundamentos de la religión; cavad á su derredor, empeñaos en hacerlos bambolear; descended con la antorcha de la filosofía hasta esta antigua piedra tantas veces deshechada por los incrédulos y á quienes otras tantas ha arruinado: mas cuando hayais llegado á una cierta profundidad, encontrareis la mano del Todopoderoso, que desde el principio del mundo sostiene este edificio grande y magestuoso, siempre afirmado por las mismas tempestades y el torrente de los años: allí conteneos, y no saveis hasta los infernos."

Mas dirán los deístas que no niegan la



posibilidad de la revelacion, porque Dios no pueda revelar algunas verdades y el alma percibir las; sino porque, las cosas que llamamos sobrenaturales, son en si mismas imposibles, porque son opuestas á las naturales que evidentemente percibimos: si alguno pretendiera enseñarnos que el circulo era cuadrado, que el todo era menor que su parte, ó que dos y dos eran cinco, ¿no diriamos, con razon, que esto era imposible, porque se oponia diametralmente á las evidentes nociones que tenemos de las cosas? pues lo mismo sucede en el caso de la revelacion. Demas, Dios como sumamente veraz no puede contradecirse, porque seria negarse asi mismo, seria suponer que de la fuente de la verdad podria salir la falsedad y seria decir que no habia Dios: todos estos absurdos se siguen admitiendo la revelacion: Dios nos ha dado la razon de que estamos dotados para que por ella distingamos lo verdadero de lo falso, y por consiguiente nos ha concedido el uso de ella: ¿como si nos concede el uso de nuestra razon, hemos de admitir una revelacion en donde se nos quita? ¿no se nos quita admitiendo la revelacion? si, porque en las verdades, que se supone, hay sobrenaturales, aseguran los defensores de ellas, que sus propiedades y relaciones no podemos conocer, y que por consiguiente nuestra razon en un silencio profundo solo debe adorarlas y creerlas, sin atreverse á querer conocerlas.

He aqui los principales sofismas de los

deistas, que no tomando su fuerza sino de la equivocacion de las palabras, fijado el verdadero sentido de ellas, los sofismas se disuelven como el humo. Las verdades sobrenaturales no son contrarias á la razon, sino sobre la razon: no son estas palabras insignificantes; sino reales y verdaderas. Se dice contra la razon, lo que clara y distintamente se percibe que repugna á la misma razon como en los ejemplos puestos en el argumento de los deistas; y sobre la razon, aquello que esta no puede alcanzar por ser de una esfera superior á ella: estas dos cosas son muy distintas y los mismos incrédulos deben conocerlo en muchas verdades de las que admiten: ellos dicen con los verdaderos creyentes, que Dios es eterno, libre, inmutable, é inmenso; ¿y comprenden como se hallan en Dios estos atributos? no, porque aunque la razon dice que la eternidad, libertad, inmutabilidad, inmensidad &c. son perfecciones que hay necesariamente en Dios; pero la misma razon no las comprende porque estan sobre su capacidad. Nieguen los deistas, que no puede haber verdades sobrenaturales, que esten sobre la razon, y negarán tambien su llamada religion natural, porque en ella se encuentran arcanos incomprensibles: últimamente, aún algunas cosas naturales cuya existencia vemos, seria preciso negar porque sus causas se ocultan á la razon: los fenomenos de la electricidad y de la piedra iman, la reproduccion



de los animales, la vegetacion de las plantas y otras muchas cosas del orden natural, palpamos evidentemente su existencia, al mismo tiempo que á la razon se oculta el modo de ser de estos fenomenos. ¿Que oposicion encuentra la razon en esto? cuando ella como limitada no puede abarcar todas las verdades; ¿diremos que hay repugnancia en admitir algunas que esten sobre su capacidad? Y si la razon humana fuera la medida de las verdades que pueden conocerse; en que se distinguiria el entendimiento divino del humano? ambos serian entonces, ó finitos, ó infinitos; porque, ó Dios no conocia todas las cosas que existen y pueden existir, como el hombre no las conoce: ó el hombre tendria capacidad para conocer todo lo que Dios, y entonces seria su entendimiento infinito; ¿Cual de estos dos extremos podremos racionalmente escoger? Ninguno, á no ser que como algunos declamadores tan pedantes como blasfemos cesalien al hombre miserable hasta decir que todo lo puede, que es omnipotente; que nada hay sobre su facultad intelectual, y que su inteligencia es infinita. Lejos de nosotros tamañas blasfemias y persuadidos de nuestra debilidad aseguremos que hay infinitas verdades, que Dios conoce y á nosotros se nos ocultan, porque ni podemos investigar los caminos del Señor ni hemos sido destinados para ser los consejeros de su augusta e incomprendible magestad.

Si, hay verdades de un orden sobrena-

tural, hay misterios, estan sobre nuestra razon pero no contra ella, pues, "para asegurar que hay contradiccion en nuestros misterios, dice el ilustrisimo arzobispo de Leon, en su ya citada instruccion pastoral, era necesario ver claramente la incompatibilidad de los terminos que los constituyen, y tener ideas distintas y adecuadas de estos mismos terminos: para tener estas ideas era menester ó bien que el entendimiento pudiese bajar los objetos hasta su alcance, ó que el pudiera elevarse hasta la esfera de los mismos objetos: ¿quien será pues el que tenga sobre cada misterio conocimientos bastante claros y perfectos para comprender su profundidad y sus relaciones? Con que los que juzgan que las ideas comprendidas en nuestros misterios son incompatibles e insociables, juzgan de lo que ni ven, ni conocen: luego abusan de su razon bajo el pretesto vano de conservar el uso de ella."

Respondiendo al segundo sofisma, decimos, que es verdad que Dios no puede contradecirse, que si lo hiciera seria negarse así mismo y por consiguiente no seria Dios: pero negamos que Dios se contradiga enseñando verdades, que estan sobre la razon, y exigiendo que se crean, prohibiendo al mismo tiempo las curiosas investigaciones de una razon orgullosa que todo lo quiera comprender. Criando Dios al hombre le dotó de un entendimiento capaz de saber muchas verdades naturales, le prescribió ciertas reglas para hacer un justo uso



de su razón y le puso ciertos límites que no le fuera lícito traspasar: fuera de estos límites están las verdades sobrenaturales, y así Dios sin contradecirse dió á la criatura racional la razón para que usara de ella, mas no le concedió un uso indefinido. ¿Es esto contra el uso legítimo de la razón? no, porque este consiste principalmente en que el hombre preste un asenso firme y un obsequio respetuoso á lo que el Criador quiera enseñarle, con tal que le dé pruebas ciertas de que el ha hablado. Estas pruebas son los motivos estrínsecos que tenemos para crér la revelacion, los que siendo ecsaminados y conocida su evidencia ya no queda el menor motivo para resistirse á crér.

Salgan los impios de los límites prefijos por el supremo Hacedor y esfuerzense á elevarse hasta el encumbrado solio del Ecselso, para comprender los inefables misterios de la divinidad, allí deslumbrando con los brillantes rayos de la luz inaccesible que la rodean, caerán precipitados á la profunda y horrorosa cima del error y la incredulidad: "su razón que es la guía que ellos toman, (como dice Bossuet) solo ofrece á sus entendimientos conjeturas y embarazos: negando la religion caen en absurdos mas difíciles de probar, que las mismas verdades cuya sublimidad los espanta, y por no crér misterios incomprensibles, siguen una cadena de incomprensibles errores. ¿Que es pues finalmente su desdichada incredulidad sino un error sin fin, una temeridad que todo lo

arriesga, un voluntario aturdimiento, y en una palabra, un orgullo, á quien es intolerable su mismo remedio, esto es, que no puede sufrir una autoridad legítima?"

Es pues una verdad incontestable, que Dios sin contradecirse ni quitar á la razón sus facultades puede revelar algunas verdades; es cierto que el hombre tiene capacidad para saber las verdades que se le manifiestan, y por consiguiente la revelacion es posible. Pasemos á ecsaminar su necesidad.

### CAPÍTULO III.

#### *Necesidad de la revelacion.*

**L**os deistas, queriendo dar á la razón unas prerogativas, que no tiene y sacando de sus límites á la religion natural, sostienen que con esta pueden aun los hombres mas rústicos conocer todas las verdades y principios morales necesarios para vivir bien y agradar al Ser supremo; y que por consiguiente es superflua la revelacion: fundados en este falso principio ven como impostores á todos los que instruidos por Dios han sido encargados de enseñar á los pueblos las verdades reveladas.

Como la revelacion ha sido dada á los hombres para hacerles conocer perfectamente á su Criador, sus deberes y sus mas grandes intereses, y como los creyentes aseguran que la razón no es bastante para enseñar estos co-